

EL VELO

El agua caía del cielo fina, helada, creando un tenue velo que cubría el mundo. La gente avanzaba por el parque con la cabeza gacha, la cara hundida en sombras y el paso lastimoso. Un oscilante mar de paraguas negros intentaba en vano detener el lamento de las nubes. Los niños no chapoteaban en los charcos, los perros no correteaban alrededor de sus amos y las parejas no se amaban con la mirada. ¿Y por qué iban a hacerlo? El amor era igual de gris que aquel día.

Se arrebuja en la gabardina y siguió permitiendo que la lluvia calara cada centímetro de su cuerpo. *Maldita fuese ella, creyéndose tan especial.* Alguien se sentó a su lado. Al instante, una hermosa mujer de largo pelo moreno le sonreía bajo un paraguas rojo. La nota de color en aquel marco gris le sorprendió, pero no lo suficiente como para prestarle más de un segundo de atención; demasiado ocupado regodeándose en su desgracia. La mujer cerró el paraguas y ensanchó la sonrisa, sin retirar la profunda mirada del rostro cenizo del hombre empapado. El pelo de la mujer se apelmazó en cuestión de segundos, y la belleza de aquella fémica que le sonreía se acentuó hasta brillar. Aun así, el gris del día continuaba oscureciéndose y la lluvia espesándose. *Bien*, pensó el infeliz, *cuanto más mejor.* La mujer, que todavía no había apartado la vista de él, meneó la cabeza, casqueó la lengua y, ampliando aún más su sonrisa —y por extensión su belleza— se acercó al abatido compañero de banco y le alcanzó un suave beso en la mejilla, apenas un roce de sus labios con la piel.

El nudo que sujetaba la venda del cenizo empapado se deshizo, deslizándose lentamente de sus ojos. Conforme caía, la venda dejaba al descubierto un día radiante, seco, de vivos colores, donde las parejas se juraban amor eterno con la mirada, los perros bendecían a sus amos con cada ladrido, los niños se deleitaban con sus inocentes existencias y la gente paseaba alegre, saludando, anhelando la eternidad de aquel día. El

sorprendido infeliz contempló con desconcierto a la mujer que venció a la desazón con tan sencillo gesto. Mientras el brillo de su belleza rivalizaba con el del astro rey, habló con la mirada: *Los días solo son tristes porque dejamos que lo sean.*

Sin mediar palabra, con una bondadosa despedida ejecutada por los profundos ojos, la mujer que irradió belleza en las sombras se marchó, sonriente, retomando la rutina de aquel maravilloso día primaveral.

Planeta Tierra, 01-02-2011

Juanje López